

Sintonia

"La cena DE LA amistad

Un año más, y el domingo pasado, en conmemoración de nuestro día patronímico, nos reunimos simpáticamente los que bregamos en la vida de nuestro semanario Ancora.

Se encuentra esta jornada en la cima de la cuesta de Enero, más nada importa. Ancora cuenta con excelentes escaladores para que éstos la lleven triunfalmente a no importa que altura. San Francisco de Sales les señala el camino a seguir y con este norte y guía no pueden decaer los ánimos.

Este año la cena que un buen día la llamamos con el nombre de Cena de la amistad, se vió honrada y alegrada con caras amigas y muy apreciadas. Nuestro benemérito señor Alcalde Nuestro digno señor Juez Comarcal, entusiasta colaborador de este semanario, y su simpática hija. También estaba nuestro buen amigo Blanch representando a «Símbolo», la publicación católica de nuestra ciudad, y el entrañable compañero de letras Don J. Soler Cazeaux, «Vice Consul» de los guixolenses residentes en Barcelona.

Pero nosotros hemos de considerar a nuestro compañero Soler Cazeaux algo así como misionero, en la ciudad condal, de nuestra tarea literaria. ¿Cómo no, si siempre nos trae el cálido aliento de nuestros adictos de allá, al tiempo que él les va infundiendo todos nuestros sentires, nuestras alegrías, como también nuestras insoslayables amargas?

Es por todo esto, es por este mundo tan nuestro, tan íntimo, que cada año, en esta Cena de la amistad del día de San Francisco de Sales se reafirma más y más el amor para Ancora de nuestros desvelos.

Ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS 31 DE ENERO 1957 - NÚM. 469 - AÑO IX



Si decimos que en el mundo hay ricos y pobres incurriremos indudablemente en una gran perogrullada.

Si añadimos, empero, que no es a los poseedores o faltos de bienes materiales a quienes nos referimos, sino a los propietarios de riquezas espirituales y a los carentes de ellas, ya se verá hacia donde dirigimos la atención y en este caso, cuantos motivos y razonamientos podemos aducir para sostener nuestro aserto. Motivos y razonamientos que, por otra parte, están al alcance del avisado lector aunque muchas veces, él y nosotros, acostumbrados a la acepción corriente dada a la palabra riqueza no hacemos distinciones al hablar de ella.

Pues bien, quede sentado que en esta ocasión no vamos a hablar de los grandes magnates de las finanzas, de los reyes del petróleo y del acero, ni la indigencia de los pordioseros y vagabundos que se cobijan bajo los puentes.

Nuestra atención va dirigida a las riquezas ocultas, escondidas muchas veces bajo bastas vestiduras, y a la miseria contenida en cuerpos cubiertos con ricas telas y valiosos ornamentos, otras veces. Riqueza y pobreza apreciables tan sólo a tenor de los hechos y actitudes adoptados por cada uno de nosotros frente a los problemas y sufrimientos ajenos, y al ser requeridos para paliarlos.

Riqueza como la poseída por un Francisco de Asís o un Einstein, un Verdaguer o un Cervantes. Esos tesoros humanos heredados en parte, pero también adquiridos gracias al esfuerzo y a la voluntad igual como pueden serlo las fortunas en dinero. Sin que esto quiera decir que todos tengamos que ser, ni podamos ser ejemplos cimeros como los citados, que ya traspasan la linde de lo ordinario, ni que creamos posible poderlos encontrar a la vuelta de cada esquina. Bien sabemos que no todos hemos nacido en condiciones de realizar grandes cosas en este mundo, ni es necesario que así sea. Mucho es lo que se puede hacer con pequeñas dotes, con escasa fortuna, si la

bien empleamos, si no la malgastamos en empresas inútiles y nocivas.

De lo que se trata es de bien administrar esa herencia original con que llegamos a este mundo, y acrecentarla en lo posible, haciendo partícipes de ella a los nacidos con menos suerte.

Porque lo cierto es que en este aspecto de la riqueza humana no nos mostramos tan generosos como debiéramos. Hay un fondo de avaricia en nosotros que nos priva de desprendernos de tan preciados bienes. No por codicia o egoísmo, pero sí por un retraimiento equivocado. Debido tal vez a creer que los demás no necesitan de nuestra ayuda, pues tienen medios de poseer lo que nosotros poseemos o creemos poseer.

Si nos detenemos a revisar por unos momentos el empleo de nuestras virtudes, de nuestros dones espirituales, escasos más que abundantes, a buen seguro hallaremos que de cada diez oportunidades de poder emplearlos dejamos perder la mitad, o más. ¡Cuánto mayor no sería nuestro caudal si lo hiciéramos! ¡Y cuánto no prosperaría el de los demás con nuestra pequeña ayuda!

Meditemos un poco sobre esto. Ahora en que se invierten tantos capitales monetarios en empresas fabulosas, cuando los millones bancarios se manejan a torrentes en la vorágine de las finanzas, pensemos también en dar mayor actividad a las fuentes del capital afectivo y espiritual. Procuremos invertir con más soltura los bienes del corazón y de la mente en los negocios humanos. A pesar de no ser grandes capitalistas de la riqueza íntima podemos coadyuvar a que sea más intenso el intercambio en los negocios del alma y que sus dividendos aumenten considerablemente. Al fin y al cabo todos somos partícipes de la misma empresa.

Hay, desde luego, instituciones oficiales expresas, estatales y religiosas, ocupadas en tan importante labor. Pero no debemos confiar sólo en ellas. Su misión es más bien la de dar la pauta, la de orientar, siendo nosotros, todos los ciudadanos en general, los ejecutores activos, de sus directrices sin los males las leyes y las encíclicas no serían más que letra muerta.

Aportando cada uno su pequeño capital interno en la obra colectiva de valorización ciudadana podemos contribuir a que cada día sean menos los indigentes de corazón, los pobres de espíritu.